El rincón de la sombra.

Detrás de la casa había un extenso jardín. Ahí había crecido Matías, corriendo y jugando solo. Era un solitario, por lo menos así llama el común denominador de la gente a esas personas que hablan poco y piensan mucho. Una personalidad quizás excéntrica por lo atípica pero sin exuberancias. Un excéntrico para adentro, de esos en los que una idea va y vuelve como en el aparato digestivo de una vaca y lo vemos perdido mientras rumea un pensamiento. Muchas veces la excentricidad queda adentro, pero otras tantas aparece la regurgitación.

Tenía ya doce años, todo un varoncito decía la tía, pero por otro lado estaba el niño que corría hasta la enorme palmera por el camino de piedra alhaja y le daba vuelta contando el tiempo, para ganarle a la velocidad de Rayo, el caballo del super héroe de historietas que leía en el diario de Héctor, la pareja de su Madre.

Héctor lo quería bien, así lo expresaba su tía. Eso que dice la gente cuando quiere resumir un vínculo más o menos sano pero deja entre dicho que no tiene la menor idea de cómo se llevan, decir lo quiere bien, parece ser, lo trata bien, o ni siquiera esa conclusión permite. Es una incógnita, una frase de relleno que se utiliza para mantener lo afectivo alejado pero dar la sensación de ser una persona sensible. Como también se puede decir el panadero es un tipo bien, o, con la mujer parecen llevarse bien, en definitiva, esas frases categóricas tibias, inútiles, que ni de cotillón sirven y que tememos analizar porque sabemos que vamos a descubrir la ausencia de contenido y que estamos plagados de ellas llegando a la irremediable conclusión de la enorme cantidad de tiempo ausentes que estamos de algo sustancial. Así que intentaré hacerlo mejor.

El vínculo entre Héctor y Matías no se parecía en nada a un vínculo entre padre e hijo, ni bueno ni malo, me refiero a nivel afectivo, Matías casi nunca pensaba en Héctor, se me ocurren algunos pocos ejemplos, como cuando colocaba el techo de un fuerte que había construido detrás del montículo de pasto en aquel cumpleaños que jugaron a las batallas con los compañeros de la escuela y la caja de cartón del regalo de Héctor sirvió de techo. El regalo seguro no lo recordaba, sería algo genérico, seguro caro, algo que impresionara a su Madre y que le rindiera después en la mesa y en la cama, algo que le diera un buen domingo para seguir la semana, desde ahí venía el regalo de Héctor. Matías era un medio para su madre, si le doy la revista de historietas del diario y me dice gracias, el pastel de carne quizás sea un poco más rico.

Al principio Héctor iba los domingos y después Matías nada sabía de él. Era amable eso si, quizás de ese lado viene lo de bien. Resumiendo, Héctor para Matías era un accesorio de un fuerte de batalla de jardín y Matías para Héctor un medio para un mejor domingo.

Con el tiempo Héctor se fue quedando en la casa, algunos martes, algunos viernes. La tía comentaba a una amiga - se da como algo natural-, para Matías por el contrario nada había de natural en ello. A su padre no lo recordaba, había sido asesinado por la dictadura de turno cuando el apenas tenía 9 meses, la pensión a su madre apenas le daba, así que lo que si había sido bastante natural era que María juzgara poco a Héctor y pasara rápidamente de los domingos a los Martes y Viernes. Más que natural, conveniente.

Con estos tres días por semana era suficiente pensó Matías, justo era verano y con las vacaciones venía el ocio. El tiempo en el jardín se estiraba, se hacía espeso, no había batalla que se pudiera desarrollar en el fuerte en los tres meses de aquel caluroso verano montevideano, un verano húmedo, lento; un verano de moscas.

En la esquina noroeste del jardín estaba el área con más sombra, era frente con frente con la que albergaba el fuerte, el sol recién se encontraba con este rincón a eso de las cinco de la tarde y ahí ya no picaba tanto. Ese era el rincón de la bolita. Tenía dos bochones, de esos con el espiral multicolor adentro y catorce bolitas también de las de espiral. Las había encontrado en unas de esas habitaciones medio abandonadas que había en la casa y solito ya había armado un sistema de juego.

Bolita contra la pared a dos centímetros, cuatro saltos para atrás, justo donde arrancaba la línea de la maceta de la hortencia, de ahí le apuntaba con un bochon, y ¡zas! tiraba con el pulgar con la mano hecha un puño por los aires el bochón, si le pegaba de lleno, trés puntos , de rebote en la pared, un punto, si no le pegaba, cero puntos y después con el otro bochón lo mismo. Con un pedazo de carbón del parrillero anotaba en la pared los resultados parciales y al final del día veía cual era el mejor bochón. Muchas veces se perdía y se engañaba, el problema estaba en que no era imparcial, había un bochón que le gustaba más, él lo conocía por el tacto, por sus asperezas, por la forma de su decorado interior, por como el vidrio reflejaba la luz, era su bochón favorito y los errores en la suma siempre le daban más puntos a este.

En el último día de febrero, ese año bisiesto, se despertó más temprano de lo habitual. No quedó claro si había sido el calor, un mal sueño o qué, pero quedo en la cama revolcándose rato, haciendo fuerza para dormir un poco más. No tenía sueño pero tenía la esperanza de acortar algo el día. La inquietud le ganaba cada vez más, sabía dentro suyo que algo no andaba bien. No eran las hormonas porque era lunes y los martes era cuando venía Lucía a las clases particulares de idioma español con su Madre, Lucía si que le daba insomnio, pero él sabía bien porqué. Descartó esto rápidamente tocándose entre las piernas y viendo que no era el caso, se sentó en la cama, corrió la cortina y el jardín estaba quieto como siempre sin nada nuevo, con su camino de piedra alhaja, su palmera, su fuerte y su rincón de sombra al lado del parrillero. Salió de su cuarto todavía ansioso y caminó por el corredor que lo llevaba a la escalera para bajar a la sala, era el único camino también al jardín. Escuchó inicialmente ruidos indefinidos que acentuaron su incomodidad, después escuchó un resorte que se movía, un jadeo grueso, un golpe de piel con piel que se repetía, apresuró el paso por el corredor hasta la puerta del dormitorio de su tía y puso la oreja contra la puerta. Escuchó los gemidos claritos de su tía y también los otros, los gruesos, los que vibraban a través de la puerta, los de su tía escondían algo de dolor, los otros evidenciaban sadismo, algo de violencia y sobre todo placer oscuro.

Fue corriendo al cuarto de su madre y abrió la puerta sin golpear, se metió rápido en la cama grande y temblando le dijo a su madre:

- ¿Puedo dormir un rato acá?

- Si Mati, no hay problema, pero pensé que estabas con Héctor que se levantó temprano para jugar contigo.

 Y se durmió, y él también.

Más tarde despertó, su madre ya no estaba en el cuarto, bajó algo dormido la escalera, a esta altura había algo de confusión como en un sueño de esos vívidos o como en una realidad de esas brutales que pensamos estar dormidos. En la sala desayunaban su madre, su tía y Héctor. Pocas veces le dirigía la palabra el señor pero esta vez como sabiendo le dijo,

- Más tarde jugamos a la bolita, a mí me encanta- casi con el mismo sadismo que había escuchado antes.

Rápidamente corrió hacia la cocina, luego al jardín, bajó la escalera, corrió por el camino de piedra, esquivó la palmera y llego al rincón de sombras. En la pared de los puntos, del lado del otro bochón, no de su favorito, había cientos de puntos marcados a carbón que supo inmediatamente nunca podría igualar.

Se dio la vuelta y el jardín parecía un pequeño patio, al igual que la palmera era ahora una enana. El fuerte estaba derruído y abandonado. Miró temeroso hacia abajo y noto esa pequeña pelusa en las piernas que viene al empezar a madurar.

Cerró sus ojos y pensó en Lucía mientras se tocaba bajo el calzoncillo, jadeando con la voz más gruesa que nunca, con algo de sadismo y placer oscuro abandonaba su infancia al sentir su mano mojada por primera vez.